

Una perspectiva antropológica del criollismo en Colombia y Venezuela

Carl Henrik Langebaek Rueda (2009). *Los herederos del pasado. Indígenas y pensamiento criollo en Colombia y Venezuela*. 2 tomos. Editorial Universidad de los Andes, Bogotá, 780 pp. ISSN 978.958-695-401-3.

En buena hora la Universidad de los Andes nos ofrece este bellissimo libro que seguramente nutrirá las discusiones que suscita por estos días la conmemoración del bicentenario de la Independencia. El autor consagra más de setecientas páginas a estudiar cómo la retórica positiva sobre el indígena hace parte de la identidad criolla. El texto no pretende interpretar el pasado prehispánico ni estudiar la explotación de los indígenas en tiempos coloniales, tampoco propone definir la identidad de los neogranadinos ni de los habitantes de Colombia y de Venezuela durante el siglo XIX. La pretensión es más modesta, pero no por ello menos compleja: indagar por la manera como se ha imaginado al indio y a su pasado y su efecto sobre las ideas que los criollos se han forjado de sí mismos y de los demás.

El concepto de criollo, al que el autor otorga un lugar central, alude al proceso que lleva al colonizado a asumir una identidad nativa y a naturalizar su relación con el pasado remoto de la tierra que habita. El criollo acepta entonces como propios rasgos que se consideran auténticos en el indígena. En el libro no se le da al término criollo una connotación racial, pues si bien en la acepción corriente designa al descendiente del colonizador, con frecuencia el hijo del conquistador era mestizo. Además una gran parte de la población, que no descendía de los conquistadores, se consideraba criolla. En resumen, el criollismo alude a una ideología que asumen todos los que sin ser indígenas, utilizan estrategias para representar el pasado indígena como si fuera suyo y se sirven de estas ideas, cargadas de emotividad, para producir cambios culturales y políticos significativos y para enfrentar el poder colonial. Sin embargo, Langebaek caracteriza el criollismo como profundamente conservador, no solamente por usar imágenes premodernas del indio, sino por imaginar al presente como un residuo del pasado y no como una plataforma sobre la cual se inventa el

mismo. Los criollos manipulan el pasado indígena como lección moralizadora para el presente y naturalizan las diferencias acudiendo a categorías como el clima o la raza, que adquieren una connotación moral. El comportamiento ancestral indígena, que se imagina como propio, no solamente niega los cambios históricos sino que sirve de arma contra el enemigo foráneo, sin llegar a configurar realmente una alternativa al pensamiento colonialista.

En el libro se examinan los debates metropolitanos sobre América, su recepción entre los criollos ilustrados y las condiciones sociales locales que condicionan la interpretación que estos hacen del mundo indígena. El criollo defiende sus propios intereses, pero para ello construye narraciones retóricamente positivas sobre el indio, su pasado y su territorio que le sirvan para responder a los poderes metropolitanos que acusan injustamente al colectivo del cual el criollo se siente vocero. En este sentido, la exclusión del indio no es incompatible con las ideas elogiosas de lo propio en la historia nacional.

Para cumplir su propósito, Langebaek examina una vasta documentación en archivos españoles, colombianos y venezolanos, que incluye prensa, escritos de geografía, historia, sociología y antropología, pasquines políticos, textos escolares, correspondencia privada y piezas literarias, además de obras pictóricas y escultóricas. La presentación de los resultados sigue, en términos generales, un orden cronológico, sin ser estrictamente lineal y parte del momento mismo de la Conquista hasta llegar al siglo xx. El análisis se ocupa tanto de Colombia como de Venezuela, por considerar que forman una unidad que se contrapone a Mesoamérica y a los Andes Centrales, pero por obvias razones, el caso colombiano es estudiado con mucha mayor profundidad que el del vecino país.

El texto va abordando temas ya conocidos, sobre los cuales arroja nuevas luces. Se destacan por ejemplo, para el siglo xix las discusiones sobre las cualidades o los defectos de las razas mestizas y los efectos del trópico sobre la condición moral de los blancos nacidos en América. La polémica sobre la degeneración de la raza, se prolongaría durante las primeras décadas del siglo xx. Un tema apasionante es el de los debates decimonónicos en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y en la Universidad Externado sobre el darwinismo, las teorías de Herbert Spencer, el positivismo y la noción de progreso, que generaron posiciones encontradas entre conservadores y liberales. Las efemérides de los 400 años del descubrimiento de América sirven de excusa para mostrar cómo el hispanismo y la idea de una raza latina aglutinan a un sector de la población en contra del imperialismo norteamericano.

El autor rastrea cómo la imagen del indio se convierte en baluarte de la nacionalidad durante la primera mitad del siglo xx. A ello contribuyeron tanto las denuncias sobre maltrato a los indígenas, hechas por los primeros antropólogos extranjeros que visitaron el país, como la guerra con el Perú en 1932. Las incipientes pesquisas arqueológicas en San Agustín y en el antiguo territorio muisca, pusieron su grano de arena para construir la imagen de un pasado glorioso y forjar la ilusión de un

país unido frente a lo foráneo. Con gran acierto, Langebaek dirige su mirada a la evolución de las artes durante este periodo, lo que le permite identificar una nueva sensibilidad estética que propiciaba la reconciliación con lo vernáculo y que tuvo excelsos representantes en la pintura y la escultura colombiana, como Pedro Nel Gómez, Débora Arango, Rodrigo Arenas Betancourt, Rómulo Rozo y Luis Alberto Acuña.

El lector encontrará un detallado análisis de las circunstancias que permitieron que durante el gobierno del presidente Eduardo Santos se fundara el primer parque arqueológico en San Agustín, se organizara el Museo del Oro, se patrocinaran comisiones científicas para estudiar antiguos sitios indígenas y se creara el Instituto Etnológico Nacional. Con el nacimiento de los expertos, se consolida el proyecto liberal que insistía en la necesidad de entender la naturaleza del pueblo colombiano, valorar la herencia indígena y fomentar una educación menos doctrinaria. Habrá que esperar hasta la década de los sesenta, para que se funde el primer departamento de antropología del país, precisamente en la Universidad de los Andes, con lo cual, la labor de esos primeros expertos tendría mayor impacto. Langebaek discutirá el carácter ambiguo de la misión de los etnógrafos y del indigenismo estatal, que nunca renunció al propósito de civilizar al indio.

La manipulación de las teorías sociales llegadas de Europa, en función de los intereses criollos, queda bien ilustrada en el texto con el registro de la posición de los comunistas colombianos frente al tema de la raza. Las ideas de Marx serán retenidas de manera parcial, pues la lucha de clases parecía insuficiente y la liberación implicaría el reconocimiento de las nacionalidades negra e india. Bajo este presupuesto, aparecen muchas investigaciones a partir de 1940, sobre la explotación económica a la que estaban sujetas las sociedades nativas. El indio contemporáneo era la evidencia de la perversidad del capitalismo. A la lucha por la tierra, se sumaba una serie de reivindicaciones culturales. Esta tradición académica de izquierda se renueva en la década de los setenta con el análisis de la dependencia neocolonial y por el debate sobre el origen del capitalismo en América. Paralelamente se abre camino la ecología y ofrece un prisma que se vuelve popular para entender el pasado indígena, algo que ocurría también en otras latitudes americanas, bajo la influencia de John Steward. La reivindicación de la complejidad de las producciones intelectuales y espirituales amerindias, y de la armonía de sus sociedades con la naturaleza, alcanzará un gran eco por esos mismos años, gracias a trabajos como los de Gerardo Reichel-Dolmatoff en el Vaupés. Las celebraciones del quinto centenario de la llegada de Colón a las tierras americanas, coincide en Colombia con la promulgación de una nueva constitución, influenciada por las ideas de la multiculturalidad. Colón pasó, dice Langebaek, de ser un héroe a ser un villano, los constituyentes sostienen que la identidad nacional debe basarse en la diversidad, asumen la defensa de los indígenas y exaltan sus formas de producción, que supuestamente no rompen el equilibrio ecológico y promueven la conservación de la biodiversidad.

No es común encontrar obras de tan largo aliento como esta en las ciencias sociales colombianas. Los historiadores suelen restringir sus trabajos a períodos de investigación más cortos y los etnógrafos presentan monografías sobre pequeñas comunidades o grupos sociales. Langebaek abarca en su recorrido quinientos años de historia y se refiere a dos países, Colombia y Venezuela, herederos de una misma tradición colonial. Sin embargo, no se pierde en el camino ni cae en la superficialidad. La riqueza de las fuentes consultadas le permite ir avanzando, con paso seguro, en el análisis de los matices y contradicciones de pensamiento criollo sobre el indio en diversos momentos de la historia nacional. Esta obra se convertirá en una fuente importante de consulta para los extranjeros y nacionales interesados en la historia de las ciencias sociales latinoamericanas, pues es indudable que ha existido una producción teórica nacional que, sin desconocer las teorías metropolitanas, trata de construir referentes conceptuales que den cuenta de nuestra propia realidad y sirvan de respaldo a los proyectos políticos. El libro permitirá igualmente sopesar las particularidades de la visión del indio en Colombia y Venezuela, frente a las imágenes del mundo amerindio en otros países latinoamericanos. Finalmente debemos destacar el cuidado de la edición: el tipo de papel, la diagramación, el carácter sugestivo de los títulos de los capítulos, la abundancia de ilustraciones a color y en blanco y negro y la precisión del índice analítico, hacen de la lectura de esta obra un verdadero placer.

Sandra Turbay Ceballos

Profesora titular, Departamento de Antropología

Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: sturbay@quimbaya.udea.edu.co